

“



”

EXPERIENCIA
URBANA E
IMAGINARIO
COLECTIVO
**EL CASO DE
SANTIAGO
DE CHILE**

NORBERT LECHNER*

La cultura de un país se refleja en el microcosmos urbano. La ciudad representa no sólo el origen histórico del nunca acabado esfuerzo humano por construir algo común. Esa organización del espacio común es siempre también la construcción de un sistema colectivo de significados. No hay proyecto de sociedad que no se reproduzca en el imaginario urbano. Y esos imaginarios colectivos tienen un anclaje concreto en las experiencias subjetivas de las personas, ligadas a un determinado espacio social. A partir de esa premisa se abordará la relación entre experiencia urbana e imaginario colectivo en Santiago de Chile.

Una mirada sobre Santiago constata, en primer lugar, la historicidad del fenómeno. Se trata aquí, al igual que en las relaciones entre experiencias e imaginarios sociales en el espacio nacional, de un proceso histórico que combina cambios y continuidades. Aunque la memoria colectiva de ese trayecto histórico sea débil, se nota su impronta en la trama urbana: desde la Plaza de Armas colonial y los palacios aristocráticos del siglo XIX, hasta los apacibles barrios de clase media y la carga simbólica del Palacio de la Moneda.

En segundo lugar, llaman la atención los fuertes trazos de continuidad que imponen las elites. Una constante notoria radica en la segmentación urbana entre ricos y pobres. En el siglo XIX, el intendente Benjamín Vicuña Mackenna distinguía el “Santiago propio, la ciudad ilustrada, opulenta, cristiana” de la ciudad de los arrabales, definida como “una inmensa cloaca de infección y vicio, de crimen y de peste, un verdadero potrero de la muerte”.¹ Y esa separación sigue en el siglo XX, ahora proyectada a los nuevos suburbios mediante las migraciones de la elite y las interminables filas de viviendas sociales.

Producto de esa escisión existe otra continuidad de raíces profundas: el permanente miedo de los pobres a ser expulsados y el pánico de los ricos a la invasión. En su recorrido literario por Santiago, Carlos Franz descubre que “nuestra ciudad/sociedad amurallada confiesa en su literatura urbana uno de sus más atávicos temores, quizá una de las piedras sobre la cual fundamos su coherencia: el temor a la invasión”.² A estas constantes podría agregarse la impronta rural. Incluso en una ciudad de cinco millones de habitantes, la elite santiaguina/chilena parece sentir nostalgia del campo. El mundo rural sería el paraíso perdido que ella busca en los jardines del Barrio Alto, “en la medida en que desde allí el privilegio puede gozarse fuera de la vista de quienes no lo poseen, y el poder ejercerse de lejos y como en secreto, mágicamente”.³ Una elite que guarda la utopía de la armonía rural, con sus valores perennes y sus jerarquías intocables.

El imaginario urbano deja entrever, en tercer lugar, un cambio continuo. Junto con las continuidades se dan cambios impulsados por el mismo proceso de urbanización y de expansión económica. Más relevante que la influencia del rápido crecimiento demográfico y territorial de Santiago sería el cambio cultural. Estando nuestra idea de ciudad vincu-

CUADRO 1

POBLACIÓN DE SANTIAGO

AÑOS	HABITANTES
1810	60,000
1875	29,807
1920	507,296
1930	712,533
1960	1'907,378
1982	3'937,300
1992	4'311,133(*)

* Dato correspondiente a la Provincia de Santiago (32 comunas), según el Censo de Población y Vivienda, 1992.

Fuentes: Ramón, Armando de. *Santiago de Chile*, 2000, y Censo de Población y Vivienda 1992.

*Uno de los más importantes especialistas en el estudio de la cultura política latinoamericana. Autor de *Los patios interiores de la democracia, La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado y Estado y política en América Latina*. Doctor en ciencia política y derecho. Investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales con sede en Chile. Consultor del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

1. Ramón, Armando de. *Santiago de Chile*, 1541-1991, Sudamericana, Santiago, 2000, p.188.

2. Franz, Carlos. *La muralla enterrada*, Planeta, Santiago, 2001, p.75.

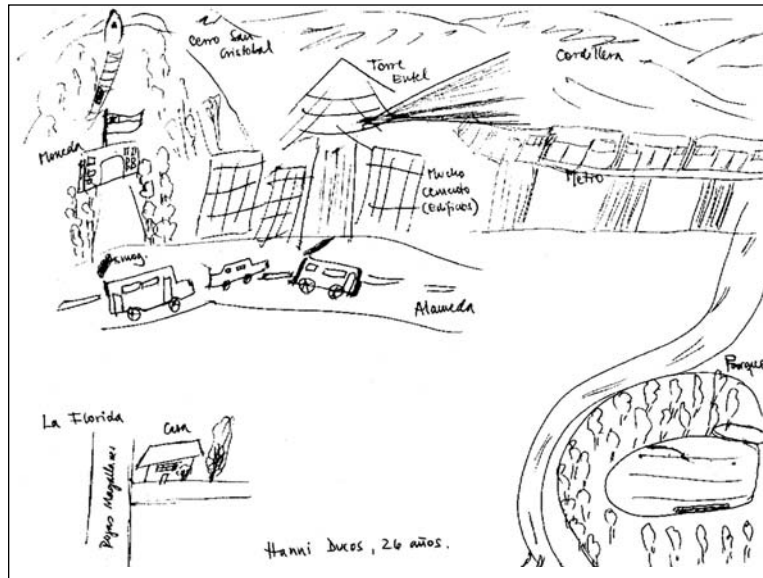
3. *Ibidem*, p.164.

MAPA 1. Santiago

se mira como vivencia personal o como la ciudad común.

lada a nuestro modo de vida, los cambios en las formas de “vivir juntos” socavan nuestra concepción de vida urbana. En su obra sobre la ciudad posmoderna, Giandomenico Amendola muestra el desplazamiento desde la estructura física al imaginario urbano. “La crisis de la ciudad parece ser también una crisis de imaginación de la ciudad [...] Existe un salto entre extensión y complejización de la ciudad y limitadas posibilidades de verla y experimentarla en su totalidad. Este salto se hace más relevante y grave cuanto más se amplía la diferencia entre el deseo de las personas de apoderarse conceptualmente de la ciudad y el constante sustraerse de la ciudad, variada, vasta e incoherente, a cualquier intento de apropiación analítica o visual”.⁴

Esas dificultades para imaginar Santiago tienen que ver, por una parte, con la falta de una imagen sintética de la ciudad. Las demandas de unificación y totalidad no encuentran respuesta en una urbe fragmentada. Santiago parece carecer de una narración sobre sí misma, tal vez porque también se trizó la historia que podría contar la sociedad chilena. El “cuento de Chile” parece haberse deshilvanado. Y cuando se pierde la confianza en la sociedad, se tiende a perder la fe en la ciudad. Por otra parte, las dificultades para imaginarla radican en el individuo mismo. Confrontado con la vida anónima, acelerada y avasalladora de la gran ciudad, el individuo descubre su libertad al mismo tiempo que su soledad. Percibe su sin-



gularidad junto con la total indiferencia de su entorno. Aunque se trate de un proceso típico a las grandes metrópolis, anunciado hace tiempo por Simmel,⁵ en el caso de Santiago la experiencia urbana provocaría mayor agobio en la medida en que los habitantes ya no logran formarse una idea de ella. En medio de un escenario mutable, la flexibilización de la identidad individual tiene su espejo en una imagen de ciudad hecha de retazos, como un *collage*. El individuo se hace su ciudad a la pinta como quien emplea el *zapping*. Pero no todos los habitantes tienen tal dominio posmoderno de la escena urbana; suele ser más frecuente la experiencia de una ciudad ajena y agresiva.

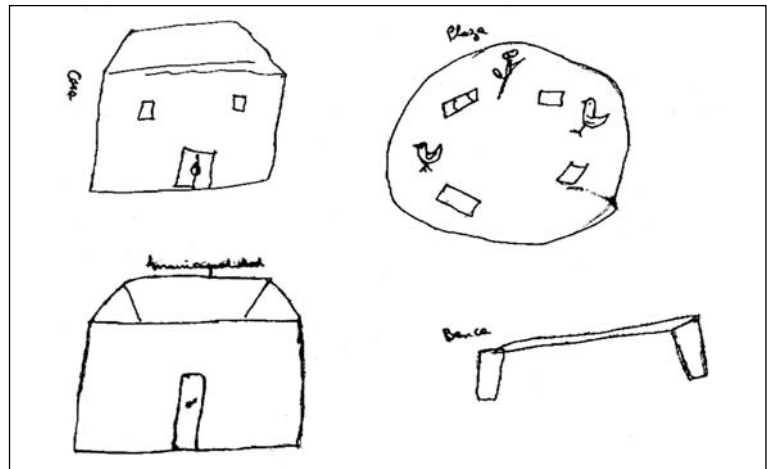
A continuación se presentarán los resultados preliminares de una investigación sobre las significaciones que tiene Santiago para sus habitantes. En el marco de los estudios preparatorios del Informe de Desarrollo Humano en Chile (PNUD 2002), se quiso conocer la “cultura urbana” Con el aprendizaje del estudio de García Canclini y su

4. Amendola, Giandomenico. *La ciudad postmoderna*, Celeste, Madrid, 2000, p.38.

5. Simmel, Georg. “La grandes urbes y la vida del espíritu”, en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Península, Barcelona, 1986.

MAPA 2. A veces se expresa una mirada casi infantil, pero de una cercanía emocional con la ciudad.

equipo sobre los imaginarios urbanos en la ciudad de México,⁶ se indagó la percepción, las representaciones y valoraciones de los santiaguinos. A partir de una muestra de 87 participantes, cada persona expresó su visión de tres maneras: mediante un reporte fotográfico de su vida diaria, dibujando un mapa imaginario de la ciudad, y conversando de su experiencia urbana en un grupo de discusión.



SANTIAGO COMO IMAGINARIO COLECTIVO

No hay ciudad sin imagen de sí misma: emprendedora, romántica, ordenada o violenta, toda ciudad tiene una imagen arraigada en el imaginario colectivo. Una imagen que combina memorias, hábitos y monumentos y, sobre todo, los estereotipos producidos por los medios de comunicación. Y ese tipo de mapa orienta a vecinos y extraños acerca del modo de vivir y usar la ciudad.

Al observar las 1,227 fotos tomadas por los participantes se aprecia una mirada cálida que busca captar los aspectos positivos de la ciudad. A su vez, el análisis de los 87 mapas elaborados indica una percepción bastante elemental de Santiago, pero cargada de elementos emocionales. Sin embargo, esa visión cariñosa, en lo personal, tiende a perderse en la conversación con los demás. Éste es

el primer resultado relevante: las mismas personas que realizaron las fotos y los mapas emiten una valoración más bien negativa cuando participan en los grupos de discusión. Santiago sería un agregado de individuos que se cruzan en un espacio carente de identidad. Mientras que en lo personal los santiaguinos expresan aprecio y orgullo por lo suyo, en la conversación cara a cara les cuesta nombrar y compartir las cosas agradables de la ciudad.

El registro fotográfico indica que, en general, predomina una mirada afectiva sobre Santiago. La gran mayoría de los participantes hizo hincapié en los aspectos positivos que tendrían sus lugares habituales de concurrencia. En especial, llama la atención la gran proporción de fotos dedicadas a la naturaleza, áreas verdes y parques. Estos lugares suelen ser privilegiados por dueños de casa, adultos mayores y personas de estrato bajo. Para ellos, “lo verde” sería la imagen deseada de Santiago; la ciudad linda en contraste con el entorno polvoriento de las poblaciones. Pero la preferencia puede tener otros motivos adicionales. Una razón podría ser el orgullo de lo propio. La siguiente cita ilustra que el santiaguino suele ser más orgulloso del entorno natural que de la ciudad. La importancia de la

6. **García Canclini, Néstor et al.** *La ciudad de los viajeros. Travesías e imaginarios urbanos. México 1940-2000*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Grijalbo, México, 1996.

naturaleza, reiterada en las conversaciones, podría reflejar también el papel significativo que parece tener el mundo rural en el imaginario urbano.

Es que Santiago también es bonito. Uno se pone a analizar otros países como, por ejemplo, ve reportajes de otros países que muestran maravillas. Pero si uno se pone a ver la belleza de Santiago, son contados los países que tienen un río Mapocho en la capital. Tenemos un río prácticamente al medio de la ciudad (mujer, adulto, urbano, grupo socioeconómico, GSE, medio).

En contraposición a la naturaleza, el otro objeto fotografiado con frecuencia son las calles y el tránsito. La imagen de Santiago como una ciudad acelerada y en continuo movimiento parece estar bastante arraigada. La vivencia de un tránsito cada día más intenso y agresivo se traduce en sentimientos de agobio y estrés —no tener tiempo para nada—: “[...] pero si me dicen Santiago, me imagino algo gris y como una ciudad muy estresada. O sea, la gente como apurada, como medio neuróticos manejando. O sea, yo los veo desde la micro [...]” (mujer, joven, urbano, GSE alto).

En cambio, es bastante menor la proporción de fotos dedicadas a lugares públicos (edificios, iglesias, monumentos). Como se verá también a propósito de los mapas, la ciudad parece poseer pocos hitos que tengan un fuerte poder simbólico para sus habitantes. En la conversación aparecen

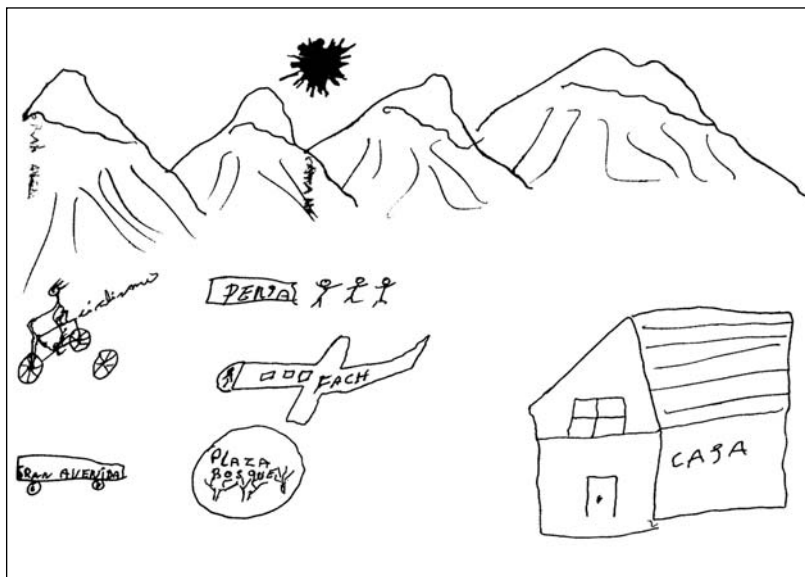
La Moneda, el Parque O’Higgins, la Plaza de Armas y, sobre todo, la Plaza Italia como los lugares más mencionados.

Las fotos dejan ver, en general, un compromiso personal y un vínculo emocional con los objetos. En particular, las personas de estrato bajo, las dueñas de casa y los adultos mayores se caracterizan por una mirada afectiva. Concordante con la carga emocional, tiende a prevalecer una aproximación estética. La gente no se siente haciendo un reportaje periodístico sino transmitiendo el cariño por lugares queridos. En especial, los individuos de estrato bajo tratan de mostrar a los lugares fotografiados en una luz favorable. En cambio, predomina un enfoque funcional entre los jóvenes y los participantes de estratos medios.

La investigación incluyó una cartografía de 87 mapas. Los dibujos documentan de manera plástica cómo el participante visualiza la ciudad en su conjunto. El mapa 1 ejemplifica dos rasgos destacados. Uno es la centralidad del eje oriente-poniente. Santiago suele ser modelada a lo largo del río Mapocho y la línea 1 del Metro. La Alameda y Providencia serían las vías troncales que estructuran la imagen urbana. En segundo lugar, cabe distinguir dos

MAPA 3.

Es frecuente que la casa, el trabajo o estudio sean dibujados sin relación con el resto.

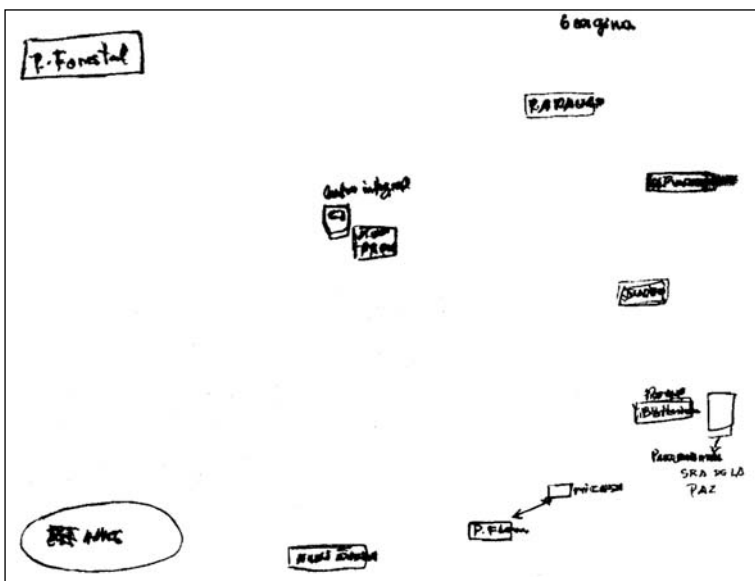


puntos de vista para mirar Santiago: sea como vivencia personal, sea como la ciudad común más allá de la experiencia personal. Tres cuartos de los mapas hacen hincapié en la vivencia personal de la ciudad. Esta mirada está condicionada por los trayectos necesarios para satisfacer las necesidades domésticas. Sobresale el número de mapas que señalan un *mall* o supermercado en comparación con la menor identificación de iglesias, hospitales o municipalidades. Las conversaciones posteriores confirman que el consumo es un signo de progreso en la experiencia subjetiva de los individuos. La segunda perspectiva releva la “ciudad común” mediante ciertos hitos como el Cerro San Cristóbal, Parque Forestal, Plaza Italia. Aquí se repite la valoración de las áreas verdes. Muchos mapas contienen algún dibujo de árboles, cerros y la plaza del barrio. Dichas visiones suelen ser ratificadas en las conversaciones: “[...] la línea del río Mapocho desde bien al principio hasta bien arriba, se me viene así Santiago, se me viene la longitud más que lo ancho [...].” (mujer, joven, urbano, GSE alto); “[...] pa’ mí es la cordillera. La cordillera es total, es todo [...] sobre todo cuando está nevada. Dime tú cómo se ve la cordillera cuando hay luna

llena. ¡Ah!, maravillosa [...]” (hombre, adulto, urbano, GSE medio bajo).

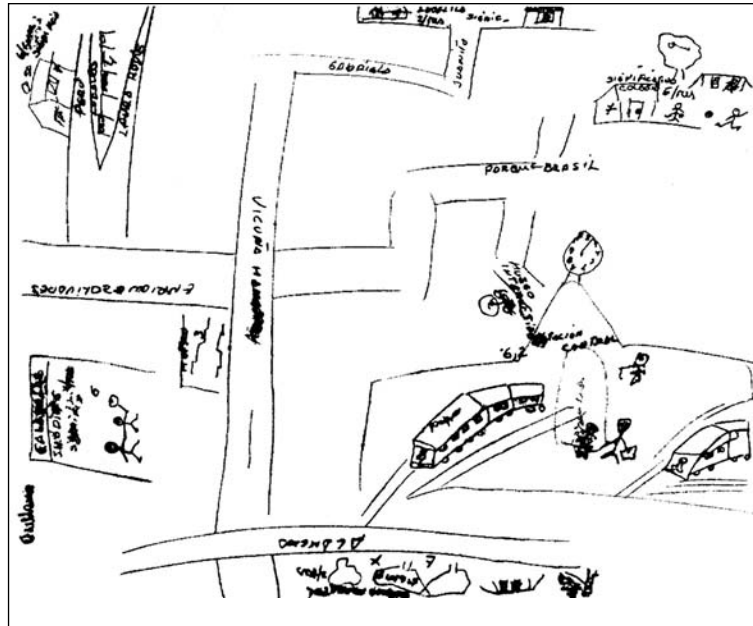
Más de la mitad de los mapas son esbozados con dibujos y representaciones gráficas. A veces expresa una mirada casi infantil (véase el mapa 2), pero refleja una cercanía emocional con la ciudad. La gente suele visualizar Santiago desde la óptica de su casa o desde su lugar de trabajo/estudio. Es frecuente que estos lugares sean dibujados aparte, sin relación con el resto, al estilo del mapa 3. Parece tratarse de una tendencia más general. Tres de cada cinco participantes exhibe una débil capacidad para integrar los distintos elementos en una visión de conjunto (véase el mapa 4). En especial, las personas de estrato bajo suelen carecer de una mirada integral de Santiago. Cabe subrayar esta característica porque alude a las dificultades que enfrentan estos individuos para elaborar referentes colectivos. Y si no disponen de una visión de conjunto de la ciudad, tampoco será fácil hacerse una idea del país.

A modo de resumen, los mapas podrían ser clasificados en torno a dos ejes. Por una parte, según el mayor o menor grado de simplicidad o complejidad. La mayoría de los mapas corresponden a dibujos bastante elementales como, por ejemplo, el mapa 5. Los participantes de estrato medio-bajo y los adultos mayores tienden a bosquejar mapas más simples en tanto que los de mayor complejidad provienen de las personas de estrato medio-alto y de los jóvenes. Por otra parte, los mapas se agrupan según el grado de identificación emocional o de



MAPA 4. En especial las personas de estrato bajo suelen carecer de mirada integral acerca de Santiago.

MAPA 5. La mayoría de los mapas corresponden a dibujos bastante elementales.



distancia formal-analítica. La mitad de los participantes, en especial los jóvenes y los obreros, suele mostrar un compromiso emocional en relación con Santiago. En cambio, las personas del estrato medio-bajo y los adultos mayores que tienden a presentar mapas simples, también suelen guardar una mayor distancia afectiva. Un ejemplo de dicha distancia sería el mapa 6. Por último, el mapa 7 ilustra la combinación de un diseño complejo con claridad analítica.

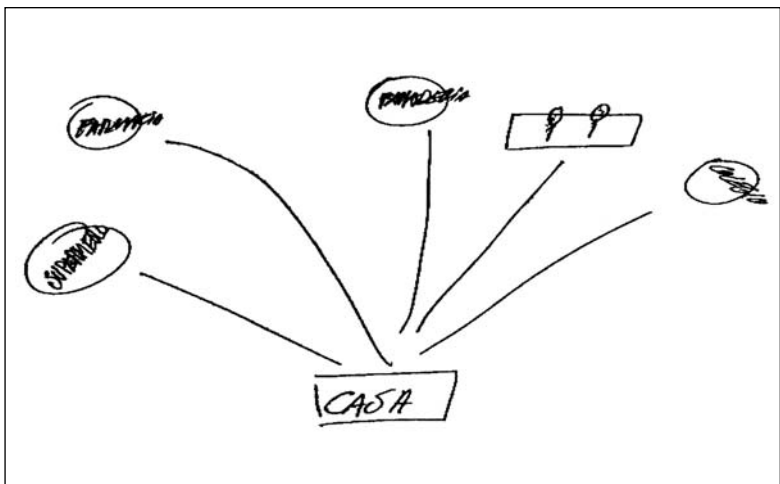
SANTIAGO COMO EXPERIENCIA URBANA

La experiencia urbana de los santiaguinos parece caracterizarse por dos vivencias, aparte de la ya destacada presencia de la naturaleza. Una sería la segmentación urbana. Se trata de una experiencia compartida de ambos lados de la Plaza Italia, por así decir. Habría dos o tres santiagos, según el estrato social, pero en todo caso una frontera nítida que separa lo propio y familiar de la ciudad de los otros, desconocidos y ajenos. Establecer las diferencias con “los otros” no implica, sin embargo, la conformación de un nosotros. Es notorio en las discusiones de grupo que los participantes tienden a situarse como “observador externo”, sin lazos de pertenencia afectiva más allá de su entorno inmediato: “Por ejemplo, tenemos la clase alta, los que viven en Santiago y los que viven en poblaciones [...] lo que dice él, poh, en las poblaciones se nota mucho la drogadicción,

la delincuencia” (hombre, adulto, urbano, GSE medio bajo); “[...] y no es porque no sea realmente de ellos o no. La gente no se va a meter allí porque no lo siente de ellos. Desde Plaza Italia hacia arriba la ciudad es de los ricos y de Plaza Italia para abajo es de los pobres” (hombre, joven, urbano, GSE alto).

Otra experiencia notoria que hace la gente de Santiago es su carácter de ciudad proveedora de oportunidades de empleo, consumo, educación. Visto así, “Santiago es todo” para los habitantes; es el medio que permite obtener los objetivos deseados acorde con un cálculo frío de costo/beneficio. Esa visión utilitarista explica que las personas se declaren dispuestas a abandonar la capital en cuanto le ofrecieran oportunidades similares en otra parte: “Para el provinciano es Chile. ¿En qué sentido? En que todo se consigue en Santiago. O sea, los trámites, los mejores médicos [...]” (hombre, adulto mayor, urbano, GSE medio); “Yo no sé si dije soportarla, pero de que me iría, sí lo haría. Si otra ciudad me diera la oportunidad que me da Santiago, me iría [...]” (hombre, joven, urbano, GSE alto).

Vinculado a lo anterior, los participantes hacen men-



MAPA 6. Las

personas del estrato medio-bajo y los adultos mayores suelen guardar una mayor distancia afectiva.

ción a otras dos experiencias. Por un lado, se refieren a la discriminación que conlleva una ciudad segregada. Discriminación por clase, por raza y, de manera especial, por ser joven. A la inversa, suelen manifestar pavor a verse invadido por los extraños y extranjeros. “No tengo nada contra los pobres”, dice un participante, “mientras que sepan ubicarse”. O sea, mientras no sean visibles. Dicha discriminación es reforzada por la autoexclusión en el otro lado del espectro social: “Providencia es una cosa y Alameda es otra cosa. Providencia todos nariz respingadita, rubios. En cambio, en Alameda son todos más morenitos” (hombre, joven, urbano, GSE bajo); “Alguien dijo lo que es verdad, eso lo voy a decir, pero bien, que hay puros peruanos. Uno pasa y hay puros peruanos. Tiene que haber más chilenos” (mujer, adulto mayor, urbano, GSE medio); “Lo que pasa es que a uno lo hacen sentirse incómodo. Por ejemplo, si tengo el pelo largo y voy al Alto Las Condes, [me] fijo que hay un guardia siguiéndome” (hombre, joven, urbano, GSE medio).

Por otro lado, es bien conocida la experiencia de inseguridad. La calle ya no sería el lugar de una convivencia colectiva sino una zona de peligro. Por lo que sabemos

de otros estudios,⁷ los sentimientos de inseguridad responderían no sólo a la criminalidad urbana sino a la violencia urbana. Una agresividad que deriva del debilitamiento del contexto social en que solían moverse las personas. La erosión de los códigos de comunicación hace del

otro un extranjero y trasforma al desconocido en amenaza: “[...] es lo que pasa, es que nos manejamos mucho en los cánones de lo conocido. Sabemos donde podemos ir, sabemos donde podemos ser aceptados [...]” (mujer, adulto, urbano, GSE alto); “[...] a mí me da miedo salir. Me da miedo porque el sábado vi en la micro a un caballero que subió a vender helados y le arrebató una pulsera a una señora. Para mí un pobre caballero que a lo mejor no tenía trabajo y andaba vendiendo helados y de un suácate le sacó la pulsera. Y yo lo vi cuando subió y era un vendedor de helados y se bajó siendo un ladrón. Entonces, yo encuentro que uno no puede vivir en paz” (mujer, adulto, urbano, GSE medio).

La experiencia de abandono y desamparo mencionada por los participantes fomentaría la retracción al mundo privado. De cara a un espacio desconocido, que no controlan, los santiaguinos tienden a retirarse al ámbito de lo familiar y cotidiano, donde conocen las claves y convenciones que regulan las relaciones sociales. Sólo ahí, creen comprender, manejar y controlar sus condiciones de vida. La ciudad suele ser reducida a lo propio, que se restringe a la familia. Sólo allá, al fondo de la casa, la gente

7. PNUD. *Desarrollo Humano en Chile. Nosotros los chilenos- un desafío cultural*, Santiago, 2002.

